Ensayo

Nombre del Alumno: OMARA ROSALÍA PÉREZ MARTÍNEZ

Nombre del tema: *UNIDAD I: EL TRABAJO COOPERATIVO: ANTECEDENTES Y FUNDAMENTOS TEÓRICOS*

Parcial: I

Nombre de la Materia: *APRENDIZAJE COOPERATIVO Y GRUPAL*

Nombre del profesor: YANETH FABIOLA SOLÓRZANO PENAGOS

Nombre de la Maestría: Maestría en Educación con Formación en Competencias Profesionales

Cuatrimestre: III

Fecha de entrega: 02 - 08 de junio del 2025

El trabajo cooperativo como estrategia pedagógica integral

La implementación del trabajo cooperativo en el aula responde a una visión pedagógica moderna que reconoce al estudiante como protagonista activo en su proceso de aprendizaje. Este enfoque parte del reconocimiento de que aprender es una actividad social y que el conocimiento se construye en interacción con otros. Bajo este paradigma, el trabajo cooperativo se posiciona como una estrategia integral que permite a los alumnos desarrollarse en diferentes ámbitos de manera simultánea.

Las características del trabajo cooperativo incluyen la formación de grupos heterogéneos, la existencia de metas comunes, la responsabilidad individual y grupal, y la necesidad de evaluar tanto los procesos como los resultados. Dentro de este marco, se distinguen diversos tipos de trabajo cooperativo, como el aprendizaje por proyectos, los grupos de investigación y las estructuras cooperativas formales e informales, que pueden adaptarse a distintas necesidades y contextos escolares.

Las funciones del trabajo cooperativo van más allá de la adquisición de contenidos; incluyen la mejora de las habilidades de comunicación, el fomento de la empatía y la resolución de conflictos, el desarrollo del pensamiento crítico y la promoción de valores democráticos. Así, se configura como una herramienta poderosa para la formación ciudadana y la construcción de una cultura escolar más justa e inclusiva. Juárez-Pulido, Rasskin-Gutman y Mendo-Lázaro (2019) destacan que el aprendizaje cooperativo (AC) ha demostrado ser muy beneficioso frente a problemáticas actuales como el acoso escolar y la exclusión de minorías o alumnos con necesidades educativas especiales. Mencionan un estudio de León, Gozalo y Polo (2012) que halló una reducción en la frecuencia de conductas de acoso, particularmente agresiones verbales y de exclusión social, al aplicar técnicas de AC. Este éxito se atribuye a elementos como el contacto interpersonal, las oportunidades de colaboración equitativa y el incremento de la empatía que fomenta la cooperación. Además, las estrategias cooperativas no solo disminuyen el acoso, sino que también son útiles para abordar los diferentes roles involucrados en situaciones de *bullying* (p. 204).

Desde un enfoque integrador, el trabajo cooperativo se nutre de diversas corrientes teóricas, como la teoría sociocultural, el constructivismo genético, la interdependencia positiva y el aprendizaje significativo. Estas teorías coinciden en destacar la importancia de la

interacción social, el conflicto cognitivo y la motivación intrínseca como motores del aprendizaje. La convergencia de estas perspectivas enriquece el enfoque cooperativo y le da una base sólida para su aplicación en contextos educativos reales.

La escuela, como grupo que aprende, debe promover una cultura de cooperación desde sus estructuras organizativas hasta su práctica cotidiana. Esto implica la formación docente en estrategias cooperativas, la planificación de actividades que favorezcan la participación activa y el seguimiento de los procesos grupales para garantizar que todos los estudiantes se beneficien.

El Servicio de Innovación Educativa de la UPM (2008), citando a Johnson, Johnson y Holubec (1999), identifica cinco componentes esenciales del aprendizaje cooperativo. Primero, la interdependencia positiva implica que los miembros del grupo se sientan mutuamente necesarios para el éxito, ya que el logro del objetivo final depende del cumplimiento de las metas individuales de cada uno. En segundo lugar, la interacción "cara a cara" o simultánea es crucial, ya que los estudiantes deben trabajar de manera conjunta, un tercer elemento es la responsabilidad individual, donde cada miembro asume su compromiso con las metas asignadas, sintiéndose vital para el resultado colectivo; esto, combinado con la interdependencia, aumenta la motivación y el rendimiento. Prieto (2007) enfatiza que esta responsabilidad implica tanto la contribución al éxito del grupo como la capacidad de demostrar la propia competencia.

Finalmente, las habilidades sociales son fundamentales para la cohesión y el buen funcionamiento del grupo, abarcando aspectos como la gestión de roles, la aceptación entre compañeros y la resolución de conflictos, elementos que los estudiantes deben aprender a manejar. En síntesis, el trabajo cooperativo no es solo una metodología efectiva, sino una propuesta pedagógica integral que apunta a formar sujetos capaces de aprender en comunidad, respetar la diversidad y construir conocimientos significativos en un marco de respeto y colaboración mutua.

Bibliografía

Juárez-Pulido, M., Rasskin-Gutman, I., & Mendo-Lázaro, S. (2019). El Aprendizaje Cooperativo, una metodología activa para la educación del siglo XXI: una revisión bibliográfica. Revista Prisma Social, (26), 200–210. Recuperado a partir de https://revistaprismasocial.es/article/view/2693

Servicio de Innovación Educativa de la UPM (2008). Aprendizaje Cooperativo. Madrid: Universidad Politécnica de Madrid. Recuperado en https://innovacioneducativa.upm.es/guias_pdi